

*la estepa florecida*

**Valeria Cervero**



*poesía*

**Buscaste en la memoria de tu corazón**

qué gestos inventaron la ida,  
ignoraron la superficie de las cosas  
—como se ignora lo que no se ve aunque se intuya—,  
porque de algo había que aferrarse que pareciera seguro,  
límite de lo perseguido o trayecto  
habitual para los días por venir.  
Pero las flores aparecen de pronto,  
aunque las estemos esperando,  
y no es posible  
calcular cuándo ni cómo te atravesará su perfume  
o su color se quedará prendido a tu cerebro.

**Una foto de las vigas para demostrar que puede sostenerse.**

Y sin embargo, después de tanto tiempo,  
no hay techo ni paredes. Solo un cielo  
estrellado como una figurita repetida cada noche  
que no nos pertenece.

Las corridas, los gases, los disparos  
atraviesan décadas y cuerpos. Una colección  
de historias que solo contamos a medias,  
entre las calles y cada océano.

Hay un ciervo en tu memoria  
y es su sombra la que seduce o asusta.

Las canciones de la infancia vuelven a sonar en medio de otro mundo.  
Pero el mismo en su dolor  
y en su estallido.

### **Sabemos que los cortes**

no cortan la historia,  
no separan la raíz  
de lo que se abre,  
sólo hacen tajos en la piel que resiste,  
una hendidura que deje ver  
cierta expresión intraducible de dolor.  
Pero abierto el recorrido,  
¿qué queda para cada cuerpo? ¿Una corona  
de fósiles que se resecan? Quizá la marca  
de una rodilla después de la arena:  
el amor es la distancia hasta el infinito  
en el que una vez nos reconocimos,  
ese vuelo de polvo  
que no termina de caer.

**Nada dejaría de sonar mañana,**

encaramada a la premura del invierno que termina.

Como una caricia al lomo de la gata se desprende  
su actitud sobre los días.

La suavidad que se alarga por unos segundos y permanece  
después del aire,

el privilegio de esa piel.

Luego será el perfume para aliviar el salto, o disfraces  
de sabor abrigado.

La fruta. Aunque dicen  
que sólo es cáscara.

**Dicen que esta ciudad tiene un río**

que aún toca sus orillas a pleno sol,  
que hay quienes todavía buscan su oleaje  
como si no fuera mentira pintada tras los ceibos,  
o recuerdan travesías desde el otro lado del mundo para no volver.

Dicen que esta ciudad tiene un río,  
que bañaba su tierra cuando no era promesa imposible  
ni persecuciones ni centros de dolor,  
que alguna vez los cuerpos disfrutaron sus aguas  
y criaturas de las profundidades visitaban su costa  
en un tiempo en que no temían volverse despojo.

Dicen que esta ciudad tiene un río,  
aunque no logre verlo más allá de mis sueños,  
como un manto lejano que persigue el horizonte  
en medio de una brisa que roza noviembre,  
un espejismo de este lado del desierto que alimenta  
un futuro de dientes de león.

**Sentís el recorrido de tu columna vertebral.**

¿Qué vive ahí? ¿Una hernia o una  
clavija para tensar la cuerda?

O relajarla para la nota  
que va a esparcirse por todo el universo.

La mariposa de tu mente  
deja ver cada centro  
que se desintegra, cada torbellino  
que evoca la calma.

No hay horizonte que nos parta al medio,  
que separe ambas marcas.

Somos el territorio que reúne las dos fuerzas.

*A Valeria Iglesias*

*A los Peces del Desierto*

## **La ternura de las jirafas me recuerda**

posibles refugios entre tanto daño.

Como las conversaciones inesperadas en esa tarde hosca.

Si el dolor sirviera para algo,

podríamos atravesar lo oscuro con valentía,

o perdonar más fácilmente después de la hora.

Pero el regreso al cuerpo a veces se logra

derribando paredes o incluso

saliendo a recibir al nuevo caminante rápido.

Un gesto que nos hermana, aunque tarde,

más allá de cualquier especie.



**Finalmente reconocemos nuestro humo,**  
como lo hacemos con el polen que se muestra al sol  
o las ideas que nos toman desde abajo.  
Los efectos de la luz permiten no verlo y simular  
que no somos lo mismo,  
que una estrella se distingue de otra,  
una célula de otra,  
y que es verdad que llevamos un nombre.  
Aunque más bien estemos aun  
de los dos lados del ojo,  
como un sueño que viene y va, que nos expande  
el cuerpo, el ritmo, la voz,  
sus dimensiones desconocidas.

**Mudarnos del lugar común,**

reiterativo

–que tal vez no existe–,

al lugar común

que nos permite reunirnos.

No logro pensar

en otra propuesta más oportuna

–conozco

el tono de tu voz

cuando te aferrás a una idea–.

El verso es también

la respiración que cargamos,

la forma en que nuestra mirada

recorta un mundo.

**Nunca fui muy dedicada a la cocina,**

sin embargo varios libros y algunas ideas

que probablemente me salvaron la vida

comenzaron mientras lavaba los platos.

Revelaciones del agua con detergente.

¿Adónde nos llevan los actos cotidianos

cuando buscamos un lugar para saltar?

¿Adónde van las marcas de nuestras manos?

Sobrevivimos a nosotras mismas como sobrevivimos al mundo.

Esa escalera que parte de nuestra cabeza

para acercarnos a otras versiones

de las que escondimos bajo la alfombra.

Una respiración en la penumbra

puede alejarnos del dolor por un rato,

como decir casi para siempre.



Valeria Cervero por **Gustavo Wolovelsky**

**Valeria Cervero** (Buenos Aires, 1972). Trabaja como correctora y editora. Algunos de sus libros de poesía publicados son *Sin órbitas* (El ojo del mármol, 2016; Ediciones Outsider, 2023); *Madrecitas* (Barnacle, 2017); *Seres pequeños* (HD, 2018); *Sibilejo*, con ilustraciones de Juan Lima (Editorial Maravilla, 2018); *Ctalamochita* (Barnacle, 2020) y *Agujeros en la superficie* (Kintsugi, 2021). Participa de diferentes proyectos de difusión de poesía para todas las edades. Contacto: [valecervero@hotmail.com](mailto:valecervero@hotmail.com)

